

Madrid

A las 11 de la mañana, un grupo de chavales recorren la fiesta «*pecera*» —este año llamada de Izquierda Unida— ataviados con pantalones de camuflaje militar y camisetas de Coca-Cola. Buen comienzo para refrescar la pestaña. Suenan salsas caribeñas, sevillanas, boleros, «*internacionales*» y chirigotas, que de todo hay en la viña del Señor. El primer tufillo a sardina asada inaugura esta mañana dominguera y legañosa. Hum. Un tímido jubileo de comunistas-consumistas desfila por las casetas de la feria en busca de baratijas. Oportunidades para mercadear no faltan. Lo mismo puedes comprar una pulsera de oro falso en el tenderete de los neo-hippies que vender un riñón en el mostrador de los donantes. Y entre medias, tomar un bebercio en el chiringuito de los muchachos de *Anguita*, atizarte un «*Pravda*» en castellano, unos

habanos auténticos, un libro de poemas de *Neruda* o un «*Viva Nicaragua libre*» aliñado de casticismo.

Los comunistas pura sangre repostan frente al pabellón internacional, cuya inauguración oficial tendrá lugar dentro de unos minutos con la visita del señor *Iglesias*, don *Gerardo Sánchez Montero* —atuendo veraniego, ademanes sosegados— y *Santiago Álvarez* esperan junto a la puerta la llegada del jefe, que hoy se hace de rogar más de lo previsto. Es como si esperaran al novio. La gente lleva la pegatina a flor de pecho, para que no haya dudas. Y no las hay. «*Suerte, camarada*», le grita a don *Simón*

alguien con el sobaquillo ocupado por el «*Pravda*». Y don *Simón*, que es como un Santo Job de la política, enseña débilmente su dentadura postiza en señal de agradecimiento.

Hasta que por fin llega el novio, rebosante, esplendoroso, «*modelno*», impecable, hecho un brazo de mar. Reparte abrazos y palmadas en el omóplato con precisión de hombre-robot. Parece como si le hubieran dado cuerda. Todos los políticos tienen una mano automática para salir de campaña. A *Gerardo Iglesias*, esa mano automática le funciona a una frecuencia rapidísima. Pero si llaman la atención sus veloces apretones de manos, más la lla-

man sus besos. *Gerardo* es un hombre besucón por naturaleza. El pueblo le ofrece sus mejillas y las mejillas de sus hijos para que él las siembre de caricias y besos.

Gerardo Iglesias llega echando el bofe al Pabellón Internacional y se mete de cabeza en el stand de Nicaragua. De ahí, al de Hungría, donde toma un leve aperitivo («*no bebo porque estoy en plena efervescencia electoral*») sin reparar en una gran fotografía de la visita de *Alfonso Guerra* a aquel país. Uno a uno recorrerá el resto de los stands, deteniéndose especialmente en el de la República Árabe Saharaui Democrática para intercambiar unas cuantas

frases con *Sidi Ahmed*, que fue representante del Frente Polisario en Madrid hasta su expulsión.

En la caseta de la República Popular China, *Gerardo Iglesias* es obsequiado con una porcelanita, que él contempla embelesado mientras un chinito comunista trata de inmortalizarle en su instamatic.

En el stand de Cuba, donde se ofrece un gel de baño llamado «*Platero y yo*» además de mambos, muñecas mulatas y objetos de adornos con la efigie del *Che*, *Iglesias* tiene que hacer verdaderos esfuerzos para alcanzar el mostrador. Aquello, más que una caseta política, parece un puesto del mercado de Tetuán. El público lucha por comprar una camiseta a trescientas pesetas o un pantalón a quinientas.

Fuera, la mañana calienta con regocijo. Si no estuviéramos en campaña, hasta tendría gracia el festín.

Los besos de Gerardo

Carmen Rigalt